
La dialéctica en la fiebre de los hallazgos arqueológicos

Suzanne Marchand*

Involucrada desde hace ya algún tiempo en el estudio de la historia de la arqueología, me he interesado en un conjunto de dinámicas culturales que comenzaron alrededor del 1800 y que llamaré “la dialéctica de la fiebre de los hallazgos arqueológicos”. Defino esta “fiebre de hallazgos arqueológicos” como un intento prácticamente simultáneo de varios individuos o Estados para tomar ventaja de un momento oportuno para la extracción y posterior exportación de vestigios. Esto se puede hacer si se compran los artefactos a precios reducidos, al sobornar a las autoridades locales o, simplemente, hurtándolos. *Los larrons* casi siempre son amateurs y, como bien implica el término “fiebre”, el tiempo apremia en su actividad; el territorio suele estar alejado de las metrópolis europeas y, por una u otra razón, los vestigios no están bien resguardados por sus supuestos soberanos. El término “fiebre de los hallazgos arqueológicos” debe suponer, desde luego, el mismo tipo de concupiscencia, premura y proceso descuidado de extracción expuesto en el ideal típico de la fiebre del “oro”, “plata” o “cobre” y, al igual que estos modos de asalto subcolonial quintaesenciales al siglo XIX, esta fiebre difiere de las formas anteriores no en su especie, sino en los tres factores que el historiador estadounidense Alfred Chandler convirtió hace algún tiempo en característicos de la segunda revolución industrial: velocidad incrementada, escala mejorada y visión expandida.¹ Todas estas fiebres permitieron que los vestigios fueran transportados con rapidez a otros lugares, al mismo tiempo en que una serie sin precedente de redes de

* Traducción del inglés de María Gabriela Muñoz.

¹ Alfred Chandler, *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Nueva York: Belknap Press, 1990.

pesca subcoloniales transferían los objetos a los museos europeos y colecciones privadas, enriqueciendo a la intelectualidad occidental y diversificando el gusto en Occidente.

Irónicamente, y de todas formas, el resultado neto de este tránsito fue el despertar de intentos nacionalistas vehementes y tal vez irreversibles que insisten en la *inmovilidad* de los vestigios arqueológicos.

En este ensayo conciso busco presentar algunas de las consecuencias globales, políticas y culturales de este capítulo de la historia, de la era de las grandes “fiebres”, durante la cual millones de objetos viajaron básicamente en una dirección (de Sur a Norte y de Este a Oeste), a la era de la inmovilidad institucionalizada.² Es parte de un intento por entender la historia cultural de las disciplinas científicas modernas y su desarrollo dentro de lo que ahora podemos percibir como un breve pero crítico momento, que duró de alrededor del 1800 a casi 1945 (después de ese año algunos cazadores de oro en sitios arqueológicos emprendieron camino al Sur, a América Latina y África subsahariana). Este es el periodo que he descrito en otros textos como la era de “la ciencia a puerta abierta”, lapso en el que los europeos iban y venían más o menos con libertad alrededor del mundo y usaban ese acceso, su riqueza superior y en ocasiones su poder imperial para extraer vastas colecciones de flora, fauna y tesoros arqueológicos.³

En tiempos recientes se han realizado varias investigaciones en torno a estos procesos de extracción y el modo en el que sus frutos fueron empleados para enriquecer a los europeos y justificar el imperio.⁴ No tengo disputa alguna contra esta línea de pensamiento, excepto que deja afuera algunos desarrollos dialécticos cruciales. Primero que nada, las ideas y prácticas imperialistas estuvieron acompañadas por intensas competencias intereuro-

² Para obtener más reflexiones sobre la problemática actual de la propiedad cultural y los museos, ver *Who Owns the Past? Cultural Policy, Cultural Property and the Law*, editado por Kate Fitz Gibbon. Nueva Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2005.

³ Suzanne Marchand, *German Orientalism in the Age of Empire: Religion, Race and Scholarship* (Nueva York: Cambridge University Press, 2009).

⁴ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres: Verso, 1991; Charlotte Trümpler (ed.), *Das Grosse Spiel: Archäologie und Politik (1860-1940)*, Colonia: DuMont Verlag 2008; Margarita Díaz-Andreu, *A World History of Nineteenth-Century Archeology: Nationalism, Colonialism and the Past*, Oxford: Oxford University Press, 2007; Stefan Altekamp, *Rückkehr nach Afrika: Italienische Kolonialarchäologie in Libyen, 1911-1943*, Colonia: Böhlau Verlag, 2000.

peas y por las reacciones locales a la extracción que, en algunos sitios de manera rápida y en otros con mayor lentitud, pusieron en marcha los procesos nacionalistas. Algunos libros recientes, excelsos, de Donald Malcolm Reid sobre Egipto, Wendy Shaw en torno al Imperio Otomano y Tapati Guha-Thakurta sobre la India demuestran esto de forma clara, aunque son poco leídos por los europeístas, casi todos siempre dispuestos a tan sólo criticar sus propias tradiciones y en ocasiones demasiado arrogantes como para creer que necesitan tomar en consideración las acciones de otros.⁵ En segundo lugar, aquellos que se centran en el factor imperialista suelen equivocarse al no considerar cuán importantes fueron la nueva velocidad, medida y escala de la extracción de hallazgos arqueológicos en la *destrucción* de los ideales estéticos europeos. Si la cultura popular y las exhibiciones en los museos se retrasaron, como con certeza sucedió, ya hacia la etapa previa a 1914 un número de intelectuales europeos pedía el cese de las visiones eurocéntricas del arte. Lo que me gustaría hacer en este ensayo, en términos teóricos, es ligar el proceso imperialista con los tipos de reacciones nacionalistas y sus inesperadas consecuencias intelectuales. Mi esperanza radica en tratar de superar la división convencional de la historia de la ciencia y volver más prominente la historia de la arqueología, una división que separa las historias “externalistas” de la disciplina –centradas en el contexto y la política–, de las historias “internalistas” –que sólo narran la historia de las búsquedas del terreno académico, y casi siempre sus logros.

Mas aquí radica otro deseo: superar el trabajo modelado con base en las ideas de Edward W. Said y Michel Foucault, lo que supone que la búsqueda por el poder siempre da forma al conocimiento –y por extensión supone que quienes tienen el poder son capaces de controlar y anticipar los resultados de sus búsquedas. Si tan sólo escudriñáramos nuestras labores intelectuales, y aplicásemos lo que hemos aprendido al siglo XIX, ahora fácil presa de la parodia, creo que podríamos darnos cuenta de que no podemos

⁵ Tapati Guha Thakurta, *Monuments, Objects, Histories: Institutions of Art in Colonial and Post-Colonial India*, Nueva York: Columbia University Press, 2004 y *The Making of a New Indian Art*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992; Donald M. Reid, *Whose Pharaohs? Museums, Archaeology and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I*, Berkeley: University of California Press, 2003; Wendy Shaw, *Possessors and Possessed: Museums, Archaeology, and the Visualization of History in the Late Ottoman Empire*, Berkeley: University of California Press, 2003.

sostener un modelo para la fabricación del conocimiento que excluya la curiosidad, lo fortuito, el gusto estético, las ideas de otros, los conceptos pasados de moda aprendidos en nuestra juventud, el deseo de agrandar y de irritar, la necesidad por decir algo nuevo, pero no demasiado novedoso, etcétera. Uno podría decir que todo esto puede ser comprendido a luz de la idea de “poder” de Foucault, pero lo dudo. Tampoco podemos dudar –juzgando, de nuevo, a través de nuestra experiencia– que no existe un “discurso” totalmente inclusivo que abarque tanto lo que un académico del Islam como una persona común en una calle de Bogalosa, Louisiana, podrían decir sobre la religión o el significado del patriotismo. Aclaro: no pretendo ni elogiar al imperialismo ni enterrarlo. Lo que deseo es entender, en términos históricos, qué ha hecho por la arqueología y por la interpretación y despliegue de piezas, para Europa, pero también para el resto del mundo.

El documento tiene tres partes, las últimas dos bastante más breves que la primera. Comenzaré por ofrecer algunos ejemplos de la extracción de vestigios en el periodo entre 1800 y 1914, describiendo a lo largo del camino sus colapsos político-legales. La segunda parte delinearé algunas de las consecuencias intelectuales de la fiebre de las antigüedades, dando algunos ejemplos de cómo esas experiencias condujeron a la elaboración de interpretaciones nuevas de la historia del arte. La tercera atravesará, de manera breve, el tiempo perdido entre la articulación de estas tres visiones posclásicas del mundo y la exhibición de los vestigios no occidentales; por último sugeriré sólo algunos de los costos y beneficios de la fiebre de las antigüedades.

La dialéctica de la “fiebre” que describiré no debe aplicarse a los eventos anteriores a 1800, aunque es cierto que hubo cazadores de tesoros que celebraron sus triunfos al desplegar los bienes culturales de otros –los romanos me vienen a la mente– y apropiaciones protonacionalistas del pasado –aquí recuerdo a los escandinavos que iniciaron sus actividades a principios del siglo xvii. Hubo colecciones privadas de dimensiones colosales y leyes para los anticuarios que, de algún modo –aunque eran en gran medida versiones extendidas de las leyes de antaño para los cazadores de tesoros– garantizaban el derecho del rey a los hallazgos de oro y plata. Las fiebres comenzaron, desde mi punto de vista, una vez que ciertos Estados-nación establecidos se involucraron y los museos *nacionales* (al igual que las comi-

siones para construir monumentos, academias de ciencia y asociaciones patronales), además de los anticuarios privados, comenzaron a realizar el proceso de recolección y exhibición; dichos cambios institucionales –y las consecuencias políticas y legales que trajeron– sentaron las bases para todo tipo de nuevas disputas. Y esta historia, creo, en realidad comienza en el viejo corazón del imperio, en Roma, pero con un grupo diferente de conquistadores: los franceses.

Durante siglos Roma fue el lugar a donde uno acudía a comprar o a recoger antigüedades, y el Papado desde hacía mucho estaba orgulloso de su colección de antigüedades paganas –egipcias, etruscas, griegas y romanas–, una colección que simbolizaba el imperio global de los católicos romanos. Fue también en el Estado Papal donde algunas de las primeras leyes para la protección de los monumentos antiguos fueron aprobadas: en 1646, 1686, 1701, 1704, 1717 y 1726, pero ninguna funcionó, o fue impuesta con ventura. Lo que presionó a los romanos a lanzar otra prohibición, y a procurar que en efecto entrara en vigor, fue una serie de actos al interior de los imperios europeos, esto es, la ocupación francesa de Roma y la apresurada confiscación de 83 obras maestras antiguas de los museos romanos entre 1797 y 1799, incluido el Apolo de Belvedere, el Laoconte y el Torso de Belvedere. Las esculturas fueron enviadas a París y expuestas en el Museo de Napoleón. Pero cuando el Papa fue reconocido de nuevo como soberano de la ciudad después del Concordato en 1801, surgieron las reacciones a la extracción francesa. En 1802, Pío VII proclamó un edicto en el que prohibía las exportaciones y defendía los monumentos antiguos –incluyendo aquellos en manos privadas– como bienes públicos; Pío VII comisionó excavaciones en el Foro para reafirmar la autonomía cultural romana y proveer objetos para los ahora empobrecidos museos; éstas estuvieron bajo la supervisión del anticuario italiano Carlo Fea.⁶ El interludio napoleónico – los franceses volvieron a ocupar la ciudad y la gobernaron entre 1809 y 1814, y la manejaron como si fuera departamento– de por sí ya era menos atractivo, y cuando en 1815 Pío retomó el poder político, Carlo Fea fue electo Comisionado de Antigüedades y los franceses fueron forzados a

⁶ R. T. Ridley, *The Eagle and the Spade*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992, p.17.

regresar lo que entonces era considerado propiedad “romana”.⁷ Tras este momento, los coleccionistas en el mercado, por alguna razón sorprendente, se movilizaron hacia el Este en busca de un motín, y los arqueólogos, en su mayoría italianos, se dedicaron a cavar durante años, incluso por décadas, en sitios específicos, en vez de buscar recompensas rápidas. Incluso hoy día, existe una activa industria *privada* de antigüedades en Roma; pero es básicamente clandestina, y sólo los Estados o grandes instituciones se inmiscuyen con ésta y asumen el riesgo –sobresale la reciente experiencia del Museo Getty. La reacción italiana al asalto patrocinado por el Estado a las antigüedades romanas sentó algo de precedente; y Pío VII llegó incluso a ser celebrado por los liberales anticlericales como un héroe nacional italiano.⁸

El caso griego es algo diferente, ya que el país estuvo controlado durante muchos siglos por los otomanos y no era accesible para los supuestos coleccionistas. Resulta interesante que el infame despojador de antigüedades Lord Elgin comenzara a extraer pedimentos del templo de Atenea en la Acrópolis justo después de que Pío VII pusiera en marcha esfuerzos para proteger el patrimonio romano, es decir, entre 1801 y 1805. Mientras fungía como embajador de la Sublime Puerta en Constantinopla, en 1799, Elgin había planeado su visita a Atenas. Pretendía realizar copias de los mármoles del Partenón pero, como muestra de agradecimiento a los ingleses por su invaluable ayuda para sacar a los franceses de Egipto, las autoridades otomanas esencialmente le dijeron que tomara lo que quisiera –y lo hizo, bajo su propio riesgo. Finalmente, en 1816 el Museo Británico accedió a comprarle los mármoles, le pagaron bastante menos por la colección en comparación con lo que gastó en adquirirla, y el aristócrata escocés nunca saldó su deuda ni se recobró de las ponzoñosas críticas de Byron. Sin embargo, Elgin no era el único que trataba de tomar ventaja del colapso político para hacerse de mercancías griegas. Poco después un grupo germano-británico

⁷ Margarita Diaz-Andreu, *A World History of Nineteenth-Century Archaeology*. Oxford: Oxford University Press, 2007, p. 72. De todas maneras, los franceses de ninguna manera regresaron todo lo que habían tomado en las tierras que ocuparon.

⁸ Mirjam Hoijtink, “The Urge to Exhibit: The Egyptian and Etruscan Museums in the Vatican at the Dawn of a Nationalist Era in Europe (1815-1840)”, en *Fragmenta: Journal of the Royal Netherlands Institute in Rome*, 2, 2008, p. 39.

también extrajo los pedimentos del Templo de Aphaia en Egina (vendido a Ludovico I de Bavaria en 1813, y que aún se encuentra en la Gliptoteca) y exportó un número considerable de mármoles de Bassae entre 1811 y 1812, los mismos años en que George Gordon, Lord Byron, puso por escrito sus críticas a Elgin en *La maldición de Minerva* (1811) y *El peregrinaje de Childe Harold* (1812). Inspirados por Byron (y por la retórica nacionalista-revolucionaria), los griegos reaccionaron de inmediato; la Sociedad de los Amigos de los Museos de Atenas se conformó en 1813. Los nacionalistas griegos pudieron o no haberse sentido fuertemente atraídos al pasado pagano, pero aquellos que habían viajado a Italia, Francia o Inglaterra pronto aprendieron cuán devotos de la antigua Helade se habían vuelto los europeos, y jugaron con esa carta filohelénica en cada oportunidad, o permitieron que otros la usaran a su favor.

El hacer referencia una y otra vez a la antigüedad griega –y a sus vestigios– contribuyó a que los griegos ganaran la guerra contra los turcos, y a pesar del hecho de que los gobernó un rey extranjero y de que estaban poblados por campesinos ortodoxos en vez de atenienses seculares, la legitimidad del nuevo Estado griego básicamente residía en las raíces antiguas.⁹ Incluso antes de que terminara la guerra, en 1827, la asamblea nacional griega pasó una prohibición sobre la exportación de hallazgos, aunque tuvo una enmienda en 1820 para permitir su exportación “si es que son requeridos por alguna institución científica de cualquier nación”. Bajo circunstancias inestables –el nuevo rey bávaro de Grecia no llegó sino hasta 1833–, los cartógrafos, botánicos y arqueólogos que habían participado en la expedición militar francesa a la Morea, por tanto, tenían permiso de continuar su trabajo durante varios años, pero con una diferencia. En comparación con el pasado, en esta ocasión se llevaron pocos vestigios, sólo unas cuantas hermosas metopas de Olimpia, sin duda un signo de que los interlocutores y la experiencia en campo habían alterado su concepción de “la gloria que fue Grecia”.

Incluso así, dicha expedición logró que parte de los funcionarios griegos reaccionaran y, en 1834, la cámara de diputados pasó la primera legislación

⁹ Yannis Hamilakis, *The Nation and Its Ruins: Antiquity, Archaeology and National Imagination in Greece*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

completa sobre los vestigios arqueológicos del país.¹⁰ En 1833, el académico alemán de corte liberal Ludwig Ross había sido considerado como conservador de las antigüedades (Ephoros); en 1836, sin embargo, Ross, a pesar de su ardiente filohelenismo y de haber realizado enormes contribuciones al desarrollo de la arqueología de campo, colecciones de museos y conservación en la nueva nación, fue destituido a favor de un académico griego. Durante su ardua labor, Ross facilitó que se mandaran algunos vestigios al rey bávaro Ludovico I, un apasionado de las antigüedades (en ese momento Grecia era gobernada por el segundo hijo de Ludovico, Otto I), y aparentemente había tratado, en algunas ocasiones, de complacer a líderes extranjeros influyentes y visitantes al ofrecerles vestigios; estos regalos –que Ross seguramente consideraba un gesto de buena voluntad que beneficiaría la imagen de Grecia en el extranjero– fueron denunciados en la prensa griega y empleados por sus enemigos para maquinarse su expulsión.¹¹ Dichas acusaciones e intrigas devastaron a Ross, quien a pesar de esto continuó viviendo, trabajando y enseñando en Grecia, con la esperanza de ser restituido por Ephoros. La revolución de septiembre de 1843, el creciente compromiso de Grecia con “la gran Idea” y la falta de gratitud hacia otras naciones europeas lograron que Ross finalmente abandonara Atenas a pesar de admitirle a un amigo que ahora se sentiría como un extranjero en otra tierra: “Me volví demasiado viejo en Oriente [un término que solía aplicarse a Grecia] como para en un futuro sentirme en casa en cualquier otro lugar”.¹² Una historia sorprendentemente similar a la de la desilusión de Ross puede ser narrada a través del arqueólogo del Oriente Ernst Herzfeld, quien prestó sus servicios al Shah de Irán entre los 1920 y 1930;¹³ en ambos casos, las dialécticas de la fiebre de hallazgos arqueológicos forzaron a estos eruditos trasplantados a abandonar sus hogares adoptivos.

¹⁰ Citado en Thanassis Kalpaxis, “Die Vorgeschichte und die Nachwirkungen des Olympia-Vertrages” en *Olympia 1875-2000: 125 Jahre deutsche Ausgrabungen*, Helmut Kyreleis (ed.). Mainz: Zabern, 2002, p. 21.

¹¹ Sobre Ross, ver Ina E. Minner, *Ewig ein Fremder im fremden Lande: Ludwig Ross (1806-1859) und Griechenland*. Mannheim: Harrossowitz Verlag, 2006, en especial pp.189-201.

¹² Citado en Minner, p. 265.

¹³ Sobre Herzfeld, ver Ann C. Gunter y Stefan R. Hauser, “Ernst Herzfeld and Near Eastern Studies, 1900-1950” en *Ernst Herzfeld and the Development of Near Eastern Studies, 1900-1950*. Leiden: Brill Academic Publishers, 2005, pp. 3-44.

Tras la salida de Ross, las excavaciones se convirtieron en algo poco común en Grecia. El Estado griego contaba con pocos recursos para tales extravagancias y los extranjeros estaban asustados por la prohibición en las exportaciones, al igual que por el bandidaje. Resulta aleccionador que la siguiente ola de interés por los sitios griegos llegara después de la década 1870, cuando tanto el Estado alemán como el arqueólogo bucanero Heinrich Schliemann compitieron por el permiso para excavar en Olimpia... en esta ocasión, renunciando de manera explícita a llevar los tesoros a casa.¹⁴ Tal vez recuerden que las excavaciones controversiales de Schliemann tuvieron que ver con el material *troyano* extraído en los territorios griegos del relativamente explotable Imperio Otomano, no con los objetos que halló en Micenas y Tirinto (donde su labor estuvo supervisada por oficiales griegos). En tanto a la excavación de Olimpia, el acuerdo entre alemanes y griegos estipulaba que los primeros sólo recibirían réplicas y yesos de los hallazgos, y que el nuevo Reich pagaría para erigir un museo *en Olimpia* que albergara los descubrimientos. Los alemanes y la administración del museo debían estar satisfechos al pavonearse de sus “esfuerzos pacíficos”, e interpretar el número masivo de hallazgos menores que el arqueólogo Adolf Furtwängler describió como poco más que “basura de la antigüedad”¹⁵—aunque fue a partir de la “basura” que se generó la mayor parte del estudio moderno de la Grecia arcaica.

Antes de proseguir, permítanme aclarar algo más alrededor de los griegos y Schliemann. En 1872 las autoridades otomanas habían promulgado un decreto ministerial que prohibía la exportación de antigüedades, aunque los dueños de las propiedades podían quedarse con la mitad de los tesoros excavados. Schliemann, quien comenzó a excavar Troya en 1873, debía, en teoría, compartir la mitad del “Tesoro de Priamo” con los otomanos—y cuando secuestró todo, y contrabandear sus tesoros fuera del país, la Sublime Puerta, naturalmente, objetó.¹⁶ Años después—y aprovechando los

¹⁴ Suzanne Marchand, “The Excavations at Olympia: An Episode in German-Greek Cultural Relations”, en *Greek Society in the Making, 1863-1913*, Philip Carabott (ed.). Londres: Variorum, 1997, pp.73-85.

¹⁵ Furtwängler citado en Marchand, *Down from Olympus: Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*. Princeton: Princeton University Press, 1996, p.91.

¹⁶ Susan Heuck Allen, *Finding the Walls of Troy: Frank Calvert and Heinrich Schliemann at Hisarlik*. Berkeley: University of California Press, 1999, p. 252.

albores de la guerra ruso-turca para tomar ventaja de los otomanos confundidos—, Carl Humann se apuró a excavar y mandó a casa otro famoso monumento: el Altar de Pérgamo. Aunque los monumentos eran, en cierto sentido, “griegos” y la élite imperial era musulmana y turca, los escándalos que se generaron a causa del tesoro troyano y el Altar de Pérgamo fueron tan mayúsculos que se aprobó una nueva ley en 1884, y un turco, en vez de un extranjero, fue contratado para estar al frente del servicio de antigüedades.¹⁷ Los gobiernos de toda Europa también comenzaron a ver con malos ojos las excavaciones privadas (que, asimismo, no necesariamente proveían a los museos nacionales de vestigios arqueológicos) y optaron por trabajar a través de servicios arqueológicos estatales o por lo menos con comités en su mayoría financiados de manera independiente (como el Fondo Egipcio de Exploración) para obtener permisos y no sólo la propiedad en la cual excavar.

Nos acercamos a una forma más inamovible y burocratizada de búsqueda de restos arqueológicos. También nos dirigimos hacia una situación en la que los oficiales locales podían y debían adoptar un rol más importante en la supervisión y regulación de la “fiebre”. Lo que se gestó a continuación fue una serie de intentos por parte de los oficiales otomanos para aplicar la ley, y la forma en que los británicos, franceses y alemanes trataron de obtener por separado tratos “secretos” con el Sultán, a quien, a diferencia del Papa, poco le importaban los restos paganos. Estaba dispuesto a regalarlos si eso hacía felices a sus prestamistas europeos o aliados potenciales. Pero Osman Hamdi Bay, quien se educó en Europa, quien había aprendido pintura orientalista en París y fungía como Director de Antigüedades, protegía cada vez con mayor fiereza sus vestigios. Dispuso excavaciones propias en Sidón, Líbano, donde, entre otros artefactos, encontró el famoso sarcófago de Alejandro. En 1891, Hamdi fundó un museo arqueológico en Estambul; como la fachada clásica sugería, el recinto fue construido para albergar el tipo de hallazgos arqueológicos que los europeos habían estado buscando alrededor del Mediterráneo durante siglos. También insistió en entrenar a arqueólogos *turcos* para trabajar en lo que Hamdi consideraba cada vez con mayor certeza suelo propio.¹⁸

¹⁷ Ver Marchand, *Down from Olympus*, pp. 198-206.

¹⁸ Para leer más sobre Osman Hamdi Bey: Wendy M. K. Shaw, *Possessors and Possessed:*

Sin embargo, si nos estamos acercando a un mundo con menor movilidad y más nacionalista, también nos aproximamos a uno en el que las ideas canónicas de belleza griega ya no pueden ser sostenidas. El público ha aprendido a ver los hallazgos de Pérgamo como si fueran griegos –y tan bellos, en su propio estilo. Después de 1880, el mero hecho de coleccionar se volvió más y más ecuménico, y su adopción se tornó más radical. Entramos a la edad de lo que Karl Scheffer denominó “Anhäufspolitik”, o la política de acumulación de objetos –por lo general en bodegas, y nada más y nada menos que con repercusiones para la interpretación académica.¹⁹

El caso de Egipto es similar al de Roma en muchos sentidos. Las antigüedades egipcias habían sido codiciadas y poseídas por los europeos mucho antes de la expedición fallida de Napoleón, como lo demuestra el obelisco del Vaticano –originalmente llevado a Roma en el año 37 de nuestra era–y la esfinge apoltronada al lado del Palacio de Diocleciano en Split, Croacia. La extracción descarada, sin embargo, estuvo limitada al periodo entre la caída del Imperio Romano y la ascensión de Napoleón; ya muy entrados en los 1760, el gran viajero danés Carsten Niebuhr descubrió cuán peligroso era el sólo cargar herramientas de inspección por el Cairo.²⁰ La depredación napoleónica es bien sabida; menos conocido, tal vez, es el hecho de que los reportes de la *expédition de l’Égypte* proveyeron un modelo para futuras aventuras arqueológicas. De todas maneras, fue hasta después de 1815 que la fiebre por las antigüedades egipcias recibió mayor interés.

Aquellos que descendieron a la región en la década de 1820 incluían al cónsul inglés Henry Salt y su contraparte francesa de ascendencia italiana, Bernadino Drovetti. Su caza de tesoros, casi siempre descuidada, cosechó un sinnúmero de obras maestras para coleccionistas privados, pero el intelectual y curador de la Colección Egipcia del Museo de Louvre, Champollion, también adquirió muchos de sus vestigios arqueológicos.

Museums, Archeology and the Visualization of History in the Late Ottoman Empire. Berkeley: University of California Press, 2003.

¹⁹ Scheffler empleó la frase en su *Berliner Museumskrieg*, Berlín: 1921; discuto algo sobre la caída intelectual e institucional de “la política de almacenar objetos” en *German Orientalism in the Age of Empire: Religion, Race and Scholarship*, Cambridge: Cambridge University Press, 2009, capítulos 4 y 9.

²⁰ Roger Guichard, manuscrito no publicado, citado con permiso del autor.

Cuán irónico fue, entonces, que Champollion organizara la primera excursión meramente “científica” en vez de sólo extractiva a Egipto entre 1828 y 1829, y que durante ese viaje le enviara a Pasha Muhammed Ali un memorando en donde le solicitaba la protección de los monumentos expuestos a la avaricia y torpe estupidez de los coleccionistas sin entrenamiento filológico.²¹ Aunque esto tuvo, en un principio, un efecto menor, en 1835 Muhammed Ali promulgó un decreto que prohibía la exportación de antigüedades y citaba precedentes europeos para proteger la propiedad nacional; los hallazgos serían enviados al historiador egipcio Riffa Rafii al-Tahtawi, Director de la Escuela de Idiomas; otro egipcio fue nombrado para inspeccionar importantes sitios arqueológicos y supervisar la construcción de un museo nacional.²² Al igual que en Grecia, el nacionalismo comenzó a ligarse con los vestigios paganos y su búsqueda. Mas los mandatarios otomanos no eran tan apasionados de su pasado nacional y, de vez en cuando, utilizaban sus tesoros para conquistar los corazones europeos; entre 1842 y 1845, por ejemplo, Muhammed Ali permitió que Richard Lepsius y su expedición financiada por el gobierno prusiano abandonaran Egipto con 15 mil antigüedades y moldes de yeso. Los objetos fueron pronto exhibidos en el Neues Museum de Berlín, cuya “Corte Egipcia” fue inaugurada en 1850, convirtiéndose en una atracción en extremo popular.²³

Sin embargo, el gran cambio llegó en 1858 con el nombramiento de Auguste Mariette como Director de Antigüedades. Mariette siguió la ley tan al pie de la letra, que se negó a ceder a la Emperatriz Eugenia un collar perteneciente a la reina A-hetep recién descubierto, y prohibió casi todo el trabajo de campo europeo que no fuera el propio.²⁴ Después de esto, cuando el Fondo Británico para la Exploración de Egipto lograba obtener

²¹ Ève Gran-Aymerich, *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*. París: CNR Editions, 1998, pp.77-80.

²² Reid, *Whose Pharaohs?*, op. cit., pp.55-56.

²³ Ibid., p. 45. Debemos decir, de todas formas, que el equipo de Lepsius era más respetuoso que sus predecesores no sólo del Pashá, sino también de los monumentos y del terreno; el propio Lepsius previno la exportación ilegal de algunas antigüedades por parte de algunos oficiales prusianos en el nombre de la “amistad germano-egipcia”. Ver Marchand, *German Orientalism*, op. cit., pp.89-90; y “Tapferen Männer in ihren preußischen Nachthemden”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 08.12.2007, Nr. 286/ Seite 411; gracias a Till van Rahden por esta referencia.

²⁴ Diaz, *World History*, op. cit., pp. 120-121.

concesiones para excavar en suelo egipcio, debía apearse a las leyes de Mariette –incluso después de que Egipto sucumbió a la dominación británica en 1882. A pesar de que los británicos procuraron suspenderla, los alemanes también comenzaron a entrenar a intelectuales egipcios para excavar y cuidar sus propios hallazgos arqueológicos; y los nacionalistas egipcios descubrieron la utilidad del pasado faraónico para articular su derecho a reclamar la propiedad de su historia profunda y autónoma.²⁵ En las ilustraciones para el libro de viajes del egiptólogo Georg Ebers (1889), uno ya puede ver a las madres egipcias llevando a sus hijos a contemplar los monumentos.²⁶ Bajo el nacionalista khedive Abbas II Hilmi, se erigió un museo con más de 107 habitaciones que fue inaugurado en 1902. Los arqueólogos, por su parte, voltearon la vista a sitios menos conocidos o sensibles. Ahora excavaban en montañas de basura o, como Flinders Peter, en zonas prehistóricas sirias o palestinas; aquí, los intelectuales europeos aprendieron de un pasado del Oriente Cercano del que Champollion y Drovetti no tenían nociones. Aunque, con certeza, el mercado ilegal de vestigios arqueológicos seguía funcionando, era casi imposible obtener objetos de gran tamaño o impresionantes. Esta fue una de las razones por las cuales los alemanes voltearon hacia Mesopotamia para hacerse de algo nuevo para sus museos nacionales.

Como seguro ya se han percatado, somos halados más o menos de forma implacable hacia el Este, conforme las leyes y los sentimientos nacionalistas en Grecia, Italia, el Oeste Otomano y Egipto comienzan a complicar las grandes obtenciones, volviéndolas casi imposibles. Hay otras historias de las fiebres en Siria, Persia y Mesopotamia que deben ser contadas, y algunos paralelismos interesantes podrían emerger al estudiar las dinámicas de inspección en el Imperio Austro-Húngaro. Aquí el trabajo de protección de monumentos impulsado por Rudolf Eitelberger von Edelberg con la intención de dar representación cultural a grupos nacionales en el Imperio también concluyó con la producción de una conciencia nacional cada vez mayor

²⁵ Donald Malcolm Reid, *Whose Pharaohs? Archaeology, Museums, and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I*. Berkeley: University of California Press, 2002, pp. 108.

²⁶ Georg Ebers, *Ägypten in Bild und Wort* vol. 2. Stuttgart y Leipzig: 1880, p. 13. Sobre Ebers, ver Suzanne Marchand, “Popularizing the Orient in Fin de Siecle Germany,” en *Intellectual History Review* 17, nr. 2, 2007, pp.181-188; imagen 187.

y de sentimientos políticos anti-imperiales.²⁷ Seguramente hay historias similares en India, de cuando el gobierno imperial británico fundó el Archaeological Survey of India justo después del motín de 1857. Aquellos que participaron en el peritaje, estudio y conservación de monumentos resultaron en una combinación de locales importantes y oficiales imperiales británicos; fue el propio Lord Curzon quien impulsó, en 1904, la Ley de Preservación de Monumentos Antiguos, en parte como un intento para calmar las disputas religiosas entre budistas e hindúes por los espacios sagrados compartidos.²⁸ Esta ley fue diseñada, al igual que otras, para prohibir a los coleccionistas locales y a los saqueadores la obtención de ganancias a través del creciente tráfico de antigüedades no clásicas, y para promover el interés de los arqueólogos extranjeros. También contribuyó, sin embargo, al tratamiento de los trabajos de arquitectura y escultura india como arte en vez de rarezas etnográficas, y a la obtención de una perspectiva como la de E.B. Havell, quien insistió en que el arte de la India necesitaba ser apreciado como autónomo, como una forma preciosa de la belleza, en vez de simplemente ser contrastado, para su detrimento, con los modelos greco-romanos.²⁹ Un proyecto paralelo de inspección, el Geological Survey of India, produjo otro resultado importante para la arqueología: durante su periodo como director, Ananda Kentish Coomaraswamy escribió *Essays in National Idealism* (Madras: 1911), en donde articuló una crítica neorromántica del eurocentrismo. En breve regresaremos a los cambios de perspectiva, pero me gustaría añadir a nuestra lista un ejemplo poco conocido en la carrera por las antigüedades, aquél que ocurrió aún más al Este, en el Turkestán chino, durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial.

Ya entrados en el siglo XVIII, los rusos fueron los primeros en enviar expediciones científicas a Asia Central, aunque hubo otros cuantos viajeros en la zona hasta los 1890, cuando una serie de aventureros independientes comenzaron a explorar el desierto de Taklamakan y la meseta de Turfan, caminos alguna vez utilizados por la ya abandonada Ruta de la Seda. Fue

²⁷ Marchand, "The View from the Land: Austrian Art Historians and the Interpretation of Croatian Art", próximo a publicarse en Alina Payne (ed.), *Portable Archaeology*.

²⁸ Guha Thakurta, *Monuments, Objects, Histories*, op. cit., pp. 292-297.

²⁹ Ernest Binfield Havell, *Indian Sculpture and Painting*, Londres: 1908, y *The Ideals of Indian Art*, Londres: 1911.

hasta que el emperador Qing pidió refuerzos europeos para contener la Rebelión de los Bóxers en 1899-1890, que comenzó la fiebre por las antigüedades en Asia Central; y una vez iniciada, fue la más rapaz, y rápida, de todas.

No sabemos quién la comenzó. Los alemanes actuaron tras recibir información de Rusia, pero pronto se les sumaron franceses, británicos y japoneses. En 1901, el director del Departamento Indio del Museo Etnográfico de Berlín, Albert Grünwendel, urgió al Estado alemán a realizar un viaje rápido al Turkestán a pesar de que los estudiosos no sabían a ciencia cierta qué podían encontrar. Los intelectuales también estaban desesperados: necesitaban apurarse o todos los objetos de calidad serían hurtados por otros, y los alemanes, siempre apegados a los lineamientos y por ende lentos, tendrían que resignarse a “lidiar con trozos de basura sin importancia”.³⁰ El Káiser aceptó y, a principios de 1902, el Estado destinó un total de poco más de 200 mil marcos para realizar cuatro Expediciones al “Turfan”. Los excavadores de “Turfan” trabajaron con empeño, desgajando murales antiguos de las paredes de las cuevas y yendo de un sitio a otro con una rapidez absurda. Sus esfuerzos resultaron en la Academia Prusiana de las Ciencias y el Museo Etnográfico; casi 16,115 kilos de manuscritos, murales, estatuas y otros artefactos emprendieron un camino de regreso con dificultades fantásticas, por entre desiertos y pasajes montañosos traicioneros.³¹ Aurel Stein, mientras tanto, fue adquiriendo la mayoría de la biblioteca de Dunhuang para sus pagadores británicos; el académico francés Paul Pelliot, quien le siguió, pasó tres semanas en una cueva, donde examinaba alrededor de mil rollos por día. Pagó unas 90 libras por una selección de los rollos más importantes –pero aún así, cuando regresó a París, se le acusó de malgastar recursos públicos.³² Poco de su material sería expuesto, y mucho menos traducido e interpretado, hasta décadas más tarde; aunque, como otros trocitos de “basura” antigua que los pesqueros de arrastre habían llevado a casa, las pinturas de las paredes y los manuscritos crearon un interés sin precedentes en el arte de Asia Central, lo que

³⁰ Citado en Marchand, *German Orientalism*, op. cit., p. 420.

³¹ Le Coq da el número de cajas en cada expedición y el peso promedio de cada uno de ellas. Ver Le Coq, *Auf Hellas Spuren*, op. cit., pp. 8-9,

³² Peter Hopkirk, *Foreign Devils on the Silk Road*. Amherst: University of Massachusetts Press, 1980, pp.181-189.

permitió la elaboración de trayectorias estilísticas e históricas nunca antes sospechadas o intentadas.³³

La Gran Guerra puso un alto a la fiebre de hallazgos arqueológicos en el Turkestán chino, aunque sólo por poco tiempo. En un tributo al aliciente que los objetos de Asia Central significaban para los británicos, franceses, estadounidenses, italianos, holandeses y japoneses, todos trataron de mandar expediciones de regreso a China tras el fin de la guerra. Durante algunos años la pesca continuó, pero a finales de 1926 los chinos comenzaron a restringir el acceso, algo que pudieron hacer a causa de la competencia por las concesiones y la presión de los indígenas nacionalistas que resintieron las depredaciones extranjeras. Una expedición estadounidense fue enviada de regreso a casa; y por vez primera Aurel Stein no pudo colarse a China vía Kashgar.³⁴ El viajero suizo Sven Hedin, acostumbrado a dirigir su propio espectáculo vitalista, fue forzado a aceptar un trato que devino parte aguas: un grupo de intelectuales chinos lo acompañaría; no excavaría; se esperaba que exportara sólo lo que los chinos no quisieran quedarse –tenían que decirlo de forma explícita–, incluyendo materiales prehistóricos que los oficiales en Pekín consideraran “basura”.³⁵ En 1935, sin embargo, Hedin también fue despedido, y hoy las leyes para el manejo de antigüedades en China son aún más restrictivas que las griegas o egipcias.³⁶

El espacio aquí designado es muy breve como para elaborar en detalle el nuevo tipo de visiones que estas carreras hicieron posibles, así como las prácticas que requirieron. Sin duda podemos darnos cuenta de que tarde o temprano forzaron a los arqueólogos a reducir la marcha, a obtener un permiso de excavación antes de viajar a otro lugar. El paradigma: menos apuro para lograr mayor contextualización, más comercio con las culturas locales

³³ Colpe, *Religionsgeschichtliche Schule*, p. 31. ‘Auf Hellas Spuren in Ostturkistan’ fue el título del popular recuento de Albert von Le Coq sobre la tercera expedición Turfan. Es muy representativo que Albert Le Coq lo titulara *Auf Hellas Spuren*, a pesar de que Alejandro y los griegos no tenían que ver con el libro.

³⁴ Karl E. Meyer y Shareen Blair Brysac, *Tournament of Shadows: The Great Game and the Race for Empire in Central Asia*. Washington: Basic Books, 1999, pp. 381-393.

³⁵ Hedin, *History of the Expedition*, op. cit., parte 3, pp. 84-228, sobre la “basura”, p. 301.

³⁶ Sobre la trata de antigüedades chinas, ver el recuento de James Lally “Dealers Speak”, ed. Peter Marks en *Who Owns the Past?*, pp. 196-198.

y, desde luego, más cuidado en la extracción. Los diversos materiales forzaron a los asistentes de los museos a modificar sus categorías y a convertirse en especialistas en campos que antes se creían demasiado oscuros o barbáricos. El término “griego” se transformó en una categoría más amplia –al igual que “egipcio”, “romano” y “chino”– y cientos de nuevas categorías fueron añadidas. Dejó de ser respetable que los académicos destruyeran las capas superiores para documentarlas, o para los conocedores –y subastadores– pensar que las formas no occidentales eran indeseables para el público y coleccionistas privados.

Conocemos el impacto que tuvieron las piezas “exóticas” en los artistas durante las exposiciones mundiales y en los museos etnográficos –sin embargo, hay una historia más larga por narrar sobre el modo en que las inmensas olas de vestigios cada vez más humildes y poco familiares animaron a los intelectuales europeos a descentralizar y repensar sus prejuicios estéticos e historias culturales. Si nos centramos en el caso alemán, podemos darnos cuenta de cómo la arqueología de “puertas abiertas” permitió la adquisición de una creciente selección de artefactos “orientales”, incluida la Puerta de Ishtar de Babilonia, la Puerta Mschatta del actual Jordán y las pinturas budistas de las cuevas de Turfan. Los manuscritos coleccionados fueron, en muchos casos, incluso más numerosos e importantes que los artefactos, y el imperativo humanista requirió que los intelectuales los separaran desde adentro y, para determinar su autenticidad, fecha y autoría, volvió necesaria la expansión de la academia en una escala sin precedentes. Al mejorar, menospreciar o ser forzados a repensar las historias convencionales, estos hallazgos podían ser, si uno se atrevía, utilizados para recrear mundos perdidos. Aunque esto suene a un proceso arcano y estrecho –completado en su mayoría por intelectuales eurocéntricos en bibliotecas europeas y en los sótanos de museos–, su eterna belleza radica, por lo menos en principio, en haber escuchado a los textos y a los propios vestigios hablar en sus lenguas particulares e incluso, en ocasiones, confiaron su testimonio o llegaron a compartir sus visiones sobre y en contra de las autoridades tradicionales.

Si observamos el estudio del arte y los artefactos a través del siglo XIX, debemos sorprendernos por su creciente sensibilidad histórica y rango de temas. Esto tiene poco que ver con Hegel, y mucho menos con las crecientes pilas de vestigios arqueológicos cada vez menos apegados a los cánones de

la belleza clásica y con las instituciones académicas que premiaban a aquellos que encontraban o describían algo “nuevo”. Este proceso dinámico es uno que fue replicado por la geología y paleontología, zoología y botánica, en el curso del siglo XIX: aventurarse lejos, hacia la África “más oscura” o al “Asia desconocida”, era una forma de obtener ganancias intelectuales, incluida la posibilidad de tal vez regresar a casa con una nueva especie de planta o hallazgo fósil. Para los arqueólogos, la era de la “puerta abierta” permitió, asimismo, descubrimientos continuos de material intelectualmente estimulante y profesionalmente útil; pero fue inevitable que al interpretar los hallazgos uno repensara las viejas categorías. Al pasar tiempo en climas extraños, entre locales conocedores y coleccionistas europeos ya expuestos, como Josef Strzygowski y Otto Kummel, E.B. Havell y Stella Kramrish, el modo europeo de juzgar el arte, a través de los estándares clásicos, se convirtió en un punto de vista con mentalidad reducida y distorsionante en el sentido histórico. De ninguna manera estos intelectuales convencieron a todos, ni a cada académico, de abandonar los estándares griegos de belleza. Como veremos, su impacto fue paulatino y pausado en lo que de hecho se desplegaba en los museos nacionales y en la idea del público general en torno al gran arte. Pero ellos sí lograron cambiar las actitudes académicas hacia el arte, y en muchos sentidos hicieron posibles algunas de las visiones multiculturales que celebramos hoy.

Aquí presentamos tan sólo una voz (inglesa) de una reseña de E.B. Havell publicada en *The Burlington Magazine* en 1912 y titulada *The Ideals of Indian Art*: “En el último medio siglo el velo de misterio, que era permitido con la intención de oscurecer la verdad, ha sido levantado en muchos lugares con resultados sorprendentes. China y Japón han vindicado en triunfo su derecho a un lugar independiente en la historia del arte, e incluso la supuesta indiferencia al arte por parte de las personas del Islam ha demostrado ser tan sólo una ilusión. Ahora es el turno de India para clamar atención, y para deshacerse de una vez y para siempre de la degradante tradición que dicta que el arte indio es sólo una remota y devaluada imitación de los modelos grecorromanos”.³⁷ Y esta crítica creció con mayor vehemencia. En

³⁷ “L. C. review of Havell’s *The Ideals of Indian Art*” en *The Burlington Magazine* 21, núm. 110, mayo 1912, p. 118.

los 1920, incluso académicos como Albert von Le Coq –quien dedicó su carrera al estudio del arte indio, escribió una pieza maestra de siete volúmenes, *Die Buddhistische Spätantike in Mittelasien* (1922-23), y casi perdió la vida en su búsqueda durante las Expediciones de Turfan– fue acusado por críticos más jóvenes de percibir todo lo asiático a través de la lente griega.³⁸ Por último, deseo citar un pasaje del libro parte aguas del más reciente académico influyente en el arte y simbolismo indio, Henrich Zimmer, publicado primero en alemán, en 1926. En éste, Zimmer evoca a *Salomé*, de Richard Strauss, en un intento por explicar la diferencia entre lo clásico y el arte indio:

Las piezas de arte clásicas presuponen una mirada eterna que perdura en ella, disfrutándola e interpretándola: sabe que es hermosa y quiere que su belleza logre una impresión. Como Salomé en su desesperada propuesta amorosa al Profeta, llama triunfalmente a su antagonista: “Hombre, ¡mírame!” –y si no estamos hechizados y nuestros ojos no la ven, retirándonos a nosotros mismos de su presencia, podrían lamentarse, como Salomé sobre la cabeza de Jochanaan: “Oh, ¿por qué no volteaste a verme? Si me hubieras visto, ¡me habrías amado!...” Desde luego, no tenemos derecho a usar aquí sus palabras, “tus ojos están cegados como aquellos de quien quiere ver a su Dios”, pero con ellos y con el descenso de Jochanaan a la oscuridad de su solitaria cisterna, iluminada por el rostro de Dios, un trozo del mundo es dibujado en donde las imágenes de Budas, dioses y las divinidades indias tienen sus orígenes y sus vidas.³⁹

Zimmer contrasta aquí a una seductora, el arte griego femenino de belleza superficial, con el arte sacro del Este, que tiene como meta conducir al espectador a la armonía con Dios en vez de cautivar la mirada. Ciertamente hay cualidades primitivas en esta apreciación: pero al menos entiende que el siempre clásico “ojo eterno” es una presuposición. Hay otras artes, y otras fuentes de “luz”.

Ahora, no deseo decir que estos académicos no tenían intereses propios y ejes ideológicos a los cuales ceñirse: Havell y Strzgyowski estaban obse-

³⁸ Waldschmidt, “Le Coq”, pp. 147-148.

³⁹ Zimmer, *Artistic Form and Yoga in the Sacred Images of India*, traducción de Gerald Chapple y James B. Lawson. Princeton: Princeton University Press, 1984, pp. 19-20.

sionados con la herencia aria; Zimmer era un schopenhauriano, y su devoto estudiante, Joseph Campbell, autor de *El héroe de las mil caras*, hizo bastante por cubrir de lodo la importante tradición de *Mythenforschung*. Aunque lo que sí demostraban era una visión en proceso de evolución, en los márgenes de la academia antes de la Gran Guerra. Esta visión, empero, se volvió más influyente después, lo que contrasta con lo que estaba expuesto en los grandes museos imperiales, reflejando en vez materiales que habían permanecido en el sótano. Havell, Strzygowski, Le Coq y Zimmer pidieron a sus contemporáneos que en verdad miraran el arte de India, Persia y Asia Central, pero, ¿cuántos lo hicieron?

Para comprender una ironía final en la fiebre de los hallazgos arqueológicos, necesitamos una historia de las exhibiciones, no sólo de la colección –porque el inmenso aumento en la escala, alcance y velocidad de coleccionar a “puertas abiertas” no podía ser equiparado con la habilidad o el deseo de los Estados europeos por presentar todos esos objetos. Para brindarles sólo un sumario de los problemas nuevos al presentar una exposición, podemos notar que mientras Napoleón podría montar con relativa sencillez las 83 esculturas que se robó del Vaticano, hubiera sido casi imposible para el Museo Etnográfico de Hamburgo exhibir los 26 mil objetos que le compró al etnógrafo africano Leo Frobenius, o para el Museo de Berlín poner en exhibición las 16 toneladas de hallazgos traídos de Turfan.⁴⁰ Aún más, Napoleón se hizo de estatuas famosas de grandes dimensiones como el Apolo de Belvedere y el Laoconte; las expediciones a Turfan trajeron consigo fragmentos... y a algunos budistas entre ellos. Hubo una serie de intentos por presentar vestigios orientales en Alemania antes de 1914, incluyendo una exhibición masiva de arte islámico en Munich durante 1910. Los exhibidores, de forma admirable, se negaron a exponer sus objetos como si fueran “simples baratijas de mercado” y esperaban la apreciación verdadera de los valores artísticos e históricos del material. Friedrich Sarre, fundador del Departamento de Estudios Islámicos en los Museos de Berlín, ofreció una exhibición austera de más de ochenta

⁴⁰ Suzanne Marchand, “Leo Frobenius and the Revolt Against the West,” en *Journal of Contemporary History*, vol. 32, núm. 2 (abril de 1997), pp. 160-1; sobre Turfan, ver *German Orientalism*, capítulo 9.

cuartos vestidos con antigüedades. Por desgracia, como una notable historiadora del arte escribió, la exhibición no atrajo a tantos visitantes, precisamente porque no los llevaron al “interior de un harem con divanes suaves, fuentes festivas y miles de bagatelas, nubladas y aromatizadas por perfumes intoxicantes...”⁴¹

Podría ofrecer una serie de ejemplos con los frutos no visibles de las subsecuentes fiebres de antigüedades del siglo XIX: la exhibición de la monumental Puerta Mschatta, adquirida en 1905, en un sótano tan negro y oscuro del Museo Kaiser Friedrich que pocos visitantes la encontraron; la exhibición de sólo unos cuantos hallazgos del Turfan, y aquellos en el Museo Etnográfico en vez de en los principales de Berlín; y la enorme y al final estéril batalla librada por Wilhelm von Bode, Friedrich Sarre, Strykowski y otros para establecer un museo de arte asiático en vez de etnográfico en el Berlín post-1910. Una de las razones por las que esta campaña falló fue que el dinero para un recinto nuevo de grandes dimensiones se fue a la construcción del Museo de Pérgamo, que demostraba ciertas separaciones del gusto neoclásico, pero que aún presentaba, como lo hace hoy, objetos griegos. No debemos pasar por alto que mientras los murales de Turfan y la Puerta de Mschatta fueron cementados a las paredes de los museos, y por ello explotaron a causa de las bombas aliadas, el Altar, en contraste, fue empacado y resguardado en un sótano, y aunque inicialmente confiscado por los rusos, fue restituido a Alemania del Este en 1956. El punto es que los espacios para exhibir no necesariamente reflejan las modas académicas, y casi siempre toma un poco de tiempo que la opinión popular y las instituciones nacionales se “pongan al corriente”. Gracias al trabajo realizado por pioneros de la historia del arte y arqueología, gracias a las reacciones nacionalistas que terminaron por aprobar leyes de protección a monumentos y la creación de museos en sitio, gracias a las exhibiciones itinerantes —una buena vía alrededor de los problemas de la inmovilidad postimperial de los objetos— y al ecuménico Internet, podríamos finalmente aprender a “ver” de forma diferente. Y eso, también, de forma significativa, pertenece a la dialéctica de la fiebre de los hallazgos arqueológicos.

⁴¹ Ernst Kühnel, “Die Ausstellung Mohammedanischer Kunst München 1910,” en *Münchener Jahrbuch der bildenden Kunst* 5 (1910): 209.

Dichas fiebres tuvieron un costo para las naciones colonizadas y/o menos enriquecidas: se les restó monumentos importantes y se destruyó la integridad estética, espiritual o ecológica de sitios importantes. Pero el imperialismo nunca fue la única amenaza para la conservación de las antigüedades; no debemos olvidar que los países en ocasiones destruyen su propio patrimonio, como lo hicieron los chinos durante la Revolución Cultural, y que el robo de tumbas y el reciclaje de espolios fueron prácticas internacionales. La construcción de pozos, metros y vías de trenes suele tanto descubrir como destruir vestigios arqueológicos en muchos lugares; las guerras, desde luego, también continúan creando confusión, tal como muestran los recientes eventos en Irak y Afganistán. Hoy existen otras amenazas, como el turismo y la contaminación, así como la conservación de monumentos. Ni la notable y aparentemente creciente resonancia de la arqueología para las naciones contemporáneas y grupos étnicos subnacionales garantiza que las antigüedades estén bien resguardadas o sean interpretadas con objetividad.⁴² La “dialéctica” no forzosamente ha creado un mundo más seguro para los objetos o para los arqueólogos.

Pero la “dialéctica en la fiebre de los hallazgos arqueológicos” sí ha cambiado los contextos legales e institucionales en torno a los cuales los artefactos son excavados e intercambiados. Ahora que la mayor parte de la arqueología es regulada con rigor por los Estados-nación, y que la UNESCO y otros cuerpos pretenden proteger la propiedad cultural, ya no se tolera que los extranjeros excaven o extraigan sin permiso explícito del Estado. Las naciones fuente ahora tienen un poder legal considerable para reclamar tesoros recién adquiridos. Esto es, sin duda alguna, benéfico, pero en muchos casos el esfuerzo de soberanía nacional sobre los objetos –algunas veces sin conexión a las propias naciones modernas– limita no sólo el acceso de los arqueólogos a los sitios, sino también sus posibilidades para interpretarlos. Irónicamente, una de las consecuencias intelectuales de la fiebre de los hallazgos arqueológicos subcolonial de años pasados es que los objetos, hoy, aún están a merced de Estados que son obligados, a veces a regañadientes, a protegerlos, y tal vez podríamos preguntarnos: ¿estudiarán los sitios islá-

⁴² Philip Kohl y et al. eds., *Selected Remembrances: Archaeology in the Construction, Commemoration and Consecration of National Pasts*. Chicago: University of Chicago Press, 2007.

micos en Grecia? En algunos casos, los materiales minoritarios serán bien manejados, pero el tratamiento justo sólo puede ser asegurado por gobiernos liberales fuertes, en ausencia de los cuales suceden eventos como la explosión de la estatua budista de Bamiyan por los talibanes en marzo de 2001. Como antaño, requirió que intelectuales excepcionales descubrieran y salvaran algunas reliquias en búsqueda de algunas otras que eran vistas como “magníficas”. Practicar arqueología en la actualidad requiere visiones políticas y académicas ejemplares en búsqueda de un tratamiento justo y responsable del pasado.

Entre los costos de la fiebre de hallazgos arqueológicos, también contaría las recientes e inútiles batallas por la propiedad de objetos trofeo. Entre ellos están, desde luego, los mármoles Elgin, para los cuales los griegos justo han terminado un museo en la Acrópolis, así como la piedra de Rosette, la cabeza de Nefertiti y el Altar de Pérgamo. En parte estas demandas son nacionalistas; en parte son intentos para guiar a la industria turística de Londres a Atenas, o la de Berlín a Turquía; pero en parte también son una reacción a los candados impuestos por los museos de antaño a los grandes tesoros: el Vaticano jamás venderá el Laoconte, y si lo hiciera, el Museo de Atenas bajo ninguna circunstancia podría adquirirlo. En este tipo de eventos, las investigaciones han demostrado que todos estos casos involucran peliagudas situaciones políticas y legales que ambos lados interpretan a su propio beneficio, y no serán resueltas por el descubrimiento de evidencia nueva. En conjunto, los intelectuales parecen más inclinados a respaldar el regreso de los objetos, mientras que los políticos y directivos de los museos se oponen con fiereza a la repatriación. Personalmente, me gustaría ver que la situación se resuelva al mandarle a los griegos no los Mármoles de Elgin, sino algunas de las maravillosas pinturas de Turner, Van Dyke, Constable y Reynolds; en vez de vaciar el Museo Guimet, los franceses deberían enviar a los camboyanos las pinturas de David sobre la coronación de Napoleón, una muestra de piezas francesas del Medievo del Museo de Cluny, y un edificio completo de Le Corbusier.

Podemos y debemos encontrar maneras de restituir la desenfrenada búsqueda de tesoros culturales que fue la gran fiebre de hallazgos arqueológicos europea –y en muchas formas, varios arqueólogos y escuelas europeas y americanas, fundaciones y equipos privados de académicos están

haciendo eso, dedicarse a la restauración o excavación sin esperar que el resultado sea un tesoro museístico. No debemos olvidar, sin embargo, que en el curso de estas fiebres hemos aprendido más de la historia global del arte que nunca antes y hemos tomado algunas lecciones importantes. Las fiebres enseñaron primero a los académicos y poco a poco a la población en general a valorar y proteger los monumentos de todo tipo, en sitios más allá del Mediterráneo. Los excavadores aprendieron a interpretar las cosas que veían menos como tesoros y más como basura; y aprendieron que existen beneficios al cavar más en el mismo hoyo, al estudiar monumentos in situ. Mucho de lo que hoy denominamos arqueología moderna –e historia moderna también– es de hecho el producto de lo que hemos llamado la dialéctica de la fiebre de los hallazgos arqueológicos; así también lo es el uso de vestigios arqueológicos que brindan legitimidad a las naciones o son vistos como trofeos de conquista.

Esa “fiebre” ha concluido, pero la lección, y sus conflictos, permanecen. ❧